

## A BORDO DE UN COCODRILLO

Peter Labelliere, patriota cristiano y ciudadano culto, fue un encantado crítico de la conducta del planeta. En su testamento dispuso que cuando muriera lo enterraran cabeza abajo, porque, estando el mundo patas para arriba, así se entregaría al soñío eterno en la posición correcta. Se le respetó el deseo.

El honorable Charles Hamilton, quien vivió durante el reinado de Jorge II y cuya finca estaba en Surrey, fue uno de los ricauches ingleses que, como el colmo del buen gusto, consideraban que había que tener un ermitaño en sus tierras: algún anciano con largas barbas grises, uñas jamás recortadas, cuerpo en absoluto desconocimiento del agua y del jabón y, obvio, poseedor de la mística de la incomodidad. Lord Hamilton puso un aviso en el mejor periódico de Londres y tuvo su ermitaño, al que contrató por siete años para vivir en una ermita expresa y desastrosamente engida en el tope de unos grandes árboles torcidos, y donde el único alzamiento consistió en un reloj de arena para contar el tiempo y así saber las horas de servidumbre tan sujeta que el viejo le rendía al amo.

*Ingléses excéntricos* (Tusquets Editores, 1989) es una delicia escrita con gran estilo por otra excelsa excéntrica británica, Edith Sitwell, fallecida en 1964 después de casi ochenta años de adorar tanto el silencio como la música y la literatura. De ello publicó excelentes libros, amén de dictar cátedras en su Inglaterra natal y en Estados Unidos, todo lo cual le valió la codiciada Orden del Imperio Británico, que agregó a sus legítimos pergaminos de noblera.

Flacuchenta, languidecida, matigona y osejuda, Edith distinguía desde el nacimiento a sus refinados padres, a quienes avengonó por lo horrorosa. Ella, en cambio, se tocó su físico con humor y lo adoró con enormes anillos, turbanes estrañafalos, ricos ropajes de seda orientales o exóticos, y consiguió que lectores, discípulos, colegas y cuantos la conocieron le tributaran el máximo respeto, incluso cuando aparecía con un loro en el hombro para dar sus clases en universidades norteamericanas, considerando que el locuaz animalito decía más cosas interesantes que muchos eminentes profesores.

Edith Sitwell poseía una personalísima óptica para observar el entorno. En su galería de excéntricos ejemplares, cuenta el caso de un tal Myton, quien, a punto de acostarse, decía: "Maldito sea este hipó. Pero voy a hacer que se asuste y que se vaya". Acto seguido, cogió una vela encendida y la aplicó al borde de su camisón de



En su libro *Ingléses excéntricos*, la excéntrica inglesa Edith Sitwell describe con todo naturalidad y delicioso estilo los vides y costumbres de algunos pasmosos subditos del circunscrito imperio Británico.

dormir, el cual al instante quedó envuelto en llamas. Cuando a golpes de trapos mojados sus sirvientes lograron apagar el desagüiado, el héroe, convertido en un espanto ennegrecido, repetía: "Pero se me fue el hipó, a Dios gracias". Un hombre de armas tomar, según dice Sitwell.

Otro caso: el de la princesa Caraboo, llegada a las costas de Inglaterra, allá por 1817, junto a los reyes de las islas Sandwich y otros potentados. Oriunda, posiblemente, de Asia, la sultana Caraboo enamoró a muchos, incluyendo a Napoleón I, que a poco se divorció de María Luisa para casarse con ella. No era para menos. Con su arco y flechas colgando de un hombro, de gong a la espalda y tamboril en la cabeza, además de flores y plumas, resultaba espléndida. A ello sumaba una muerte absoluta, tachonada de palabras raras de un idioma indescifrable. Lástima que después de revolucionar salones y corazones principescos haya sido reconocida por la cocinera de un palacio donde fue invitada de honor, y que la señalió, sin lugar a dudas, como la ayudante que pelaba papas en la casa de una antigua patrona. La usurpadora fue a dar a un hospicio, en el que vivió hasta los ochenta años sin jamás maldecir a su delatora. Su nostalgia enfurecida era para el cuchillo de los bajos fondos que la empujó a la aventura jurando que la amaba y se casaría con ella, pero que a raíz del escándalo desapareció para siempre. "Eso es ser mujer romántica", razona Edith Sitwell.

Estos ingleses excéntricos son eso, excéntricos, pero tan humanos, creíbles y llenos de buenas razones para sus hazañas, que a las finales resultan más lógicos que los traidos de excéntricos que somos los demás. Ellos son capaces de navegar a lomos de un cocodrilo con el fin de estudiar la disposición dental de la serpiente, como hizo el naturalista Charles Waterton a comienzos del siglo XIX en nuestro Nuevo Mundo; o castigar a un mal hijo legándole a su muerte su mano derecha, como hizo el trascile capitán Thicknesse, "un hombre con el corazón sabio y bien puesto", según la Sitwell.

"Los ingleses son especialmente propensos a la excéntricidad", dice la escritora, "y creo que esto se debe a ese conocimiento peculiar y satisfactorio de su infalibilidad, que es el sello distintivo y el derecho de nacimiento de la nación británica". La afirmación retrata de cuerpo entero a esta inglesa que comenzo por reírse de sí misma para seguir con el resto de los humanos de todos los tiempos. Por fortuna, la traducción y edición en español de este libro nos permite ahora conocerla para reírnos con ella y, quizás, aprender a ser menos graves y no tomarnos muy en serio. Esta visita que no vale la pena. Ni se justifica. ■

**AUTORÍA**

Romero, Graciela

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1990

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

A bordo de un cocodrilo [artículo] Graciela Romero. il.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)